

Las cuatro esquinas

ANTONIO ELORZA

La sociedad vasca no es un todo homogéneo, sino un colectivo en cuyo interior coexisten, prácticamente divididos al cincuenta por ciento, dos tipos de vascos. Unos herederos del legado sabiniano; otros leales a la Constitución

La primera encuesta publicada no vino a confirmar el buen hacer del Centro de Investigaciones Sociológicas. Los siete escaños socialistas, con una pérdida de solo dos respecto de 2008, suponían un pronóstico del todo irreal, por mucho que los votantes socialistas de entonces hubieran olvidado su desencanto. La coincidencia de la mayoría de encuestas posteriores ofrece en cambio un panorama más verosímil: los cuatro caballos al frente de la carrera encaran los últimos metros tan emparejados que la victoria puede corresponder a quien alcance finalmente una ventaja mínima, «por una cabeza», como rezaba el título del viejo tango. Y como en las carreras, no solo cuenta el ganador, sino el orden de los colocados, tanto a efectos simbólicos como por los más concretos, consistentes en la formación o no de grupo parlamentario.

Así las cosas, las previsiones vienen a recordar algo que las dos agrupaciones nacionalistas olvidan sistemáticamente: la sociedad vasca no es un todo homogéneo, sino un colectivo en cuyo interior coexisten, prácticamente divididos al cincuenta por ciento, dos tipos de vascos. Unos herederos del legado sabiniano, ahora diferenciados entre soberanistas pragmáticos e independentistas radicales; otros defensores de la autonomía y leales a la Constitución. Si nos atenemos a esta distribución de preferencias, y a ello añadimos que la doble identidad vasca y española sigue predominando, mientras que el independentismo es aun minoritario, parece claro que poco hay de democrático al dar por supuesto que el único camino para Euskadi a corto plazo es la independencia, haciendo descansar la política vasca sobre ese principio. Claro que nunca el partido de las mil caras –integrado, subordinado o coordinado con ETA– otorgó valor alguno a la democracia, salvo si ésta servía de instrumento debidamente manipulado para alcanzar sus fines.

Las inminentes elecciones cumplirán ese papel, de acuerdo con la estrategia trazada por Batasuna –la organización está ahí: nombrarla evita la difuminación en «izquierda abertzale»–, y en el marco de la táctica de natación sincronizada con ETA que viene utilizando una y otra vez. La entrevista de ETA en Gara nos presenta una organización patriótica bondadosa, incluso dotada de «sensibilidad» pensando en las víctimas, dispuesta a sacrificar todos sus éxitos históricos en favor de la opción patriótica encarnada por la izquierda abertzale. Sinceramente comprometida con la paz. Como pieza de propaganda, es excelente, más aun porque tanto ahora como en la entrevista después de la tregua de 2006, muchos evitan leer la letra pequeña. Era esta entonces clamorosamente amenazadora y aun en la reciente declaración encierra puntos oscuros, tales como la «desmilitarización» de Euskadi, que tomada en serio impediría la entrega de las armas, o la final mención de unas «iniciativas unilaterales» que se justificarán ante la no receptividad del Estado español a la exigen-

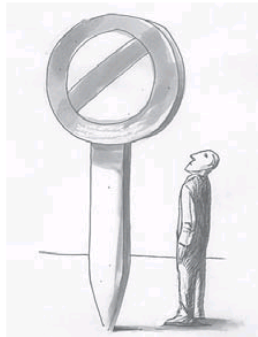
cia política de ETA, el visto bueno a la independencia.

Una vez salvados estos obstáculos, queda abierto el camino para que el 20-N se cumpla el objetivo de «ganar», frente a los partidos españoles y sobre todo frente al PNV. La presencia parlamentaria de Amaiur servirá para montar una caja de resonancia de las movilizaciones, con las exigencias de los presos en primera línea. El mitin de Anoeta, con los groseros ataques emanados de un pozo negro contra el lehendakari, acusado de ser un okupa, hacen prever una actuación parlamentaria de estricta provocación. De los contenidos de la «construcción nacional», nada, más allá de la lengua de palo conocida.

El PNV pudo suponer el riesgo que representaba la resurrección victoriosa de Batasuna. A sabiendas, como nadie, de que Batasuna era ETA, y en nombre de la comunidad patriótica, combatió sin embargo la Ley de Partidos y la ilegalización de la izquierda abertzale, sin percibir que ese falseamiento de la realidad acabaría siendo capitalizado en su contra por los socios del terror. Se queja ahora de la pinza en que está atrapado, pero fue él mismo quien la forjó en contra de sí mismo, al trazar una muralla china contra los partidos españoles en el plano ideológico, aun cuando paralelamente practicase con el Gobierno Zapatero el ignaciano principio del pragmatismo de los medios, compatible con el absolutismo de los principios. Y según puede verse en los discursos de Urkullu, estos tienen la piel dura, con la imagen del hombre vasco surgido como tal en la prehistoria o la soberanía originaria a recobrar en 2015. El balance de los logros conseguidos con su presión sobre Madrid se ve afectado por el hecho de que puestos a ser independentistas, Batasuna lo es de forma más rotunda y creíble que el PNV. Ningún verdadero demócrata celebraría este sorpasso.

La pugna de familia se dobla con la de los constitucionalistas aliados en el Gobierno de Euskadi, aquí y ahora de menor relevancia por la ventaja del PP y el interés común de que la suma supere la crisis del 22-M. El empate a cuatro, con mínimas variaciones entre uno y otro partido, respondería a la positiva realidad de la normalización lograda por el PSE con la leal cooperación del partido de Basagoiti. Extrañas ayudas como la de Felipe González en la campaña, al proclamar a Zapatero nada menos que como salvador de España, no debieran afectar al balance razonable del Gobierno López, ni a ese mapa electoral equilibrado, cuyo mayor riesgo residiría en un nuevo salto delante de Batasuna.

Ultima cuestión. Ya sabemos que Euskal Herria no existe en lo político más que como banderín de enganche para la desestabilización. A la vista de todos los antecedentes y de las predicciones, cabe dudar también de la existencia de Euskadi, siempre dividida entre sus tres componentes, con el país bizkaitarra de un lado, Alava aun constitucionalista y «Gipuzkoa por su independencia». Así sea.



JOSE IBARROLA